La República en el recuerdo*

MANOLITA DEL ARCO PALACIOS Y
ROSARIO SÁNCHEZ MORA
«DINAMITERA»
Militantes antifascistas

Tenemos ante nosotros dos mujeres republicanas y que forman parte de ese protagonismo anónimo de nuestra historia, a veces tan injustamente olvidado. Tenían doce y once años cuando se proclamó la República. Rosario había nacido en Villarejo de Salvanés, un pueblecito de la provincia de Madrid; formó parte de la JSU cuando vino a la capital y se formó entre las primeras mujeres que van al frente cuando estalla la guerra, donde manipulando una mecha para una bomba, le explotó ésta en la sierra de Madrid y perdió su mano. Al terminar la guerra, la encarcelan durante tres años, pero ella nos lo contará mejor.

Manolita del Arco, como la conocemos todos, es una mujer ejemplo de fuerza, dignidad y respeto dentro del PCE. Nació en Bilbao y desde los cinco años vivió en Madrid; a los dieciséis, estudiando bachillerato, se afilió al PCE. Fue detenida al terminar la guerra y condenada a muerte en 1942; estuvo en diversas prisiones hasta el 11 de mayo de 1960. Ella y el que fue su compañero, Ángel Martínez, se conocieron el día en que les condenaron a muerte, y mantuvieron durante los dieciocho años de cárcel una relación epistolar que culminó en una vida en común tras salir de prisión. Les aseguro que tiene una biografía que merece ser escrita, aunque sólo sea por su lealtad y militancia de tantos años de amor, torturas, prisión y lucha clandestina, pero ella se lo contará a ustedes en primera persona.

¿Cómo recordáis el 14 de abril de 1931?

ROSARIO: Tenía doce años y estaba en la escuela de mi pueblo, Villarejo de Salvanés; mi padre era republicano y tenía un pequeño taller donde fabricaban los carros y las galeras y todos los aperos de labranza; me quedé sin madre muy pronto, y aquel 14 de abril recuerdo que mi padre colgó la bandera republicana en el balcón de casa, y en la plaza, mientras los niños jugábamos, todo eran corrillos, y algunos jornaleros gritaban: «¡Viva la República!».

* Coloquio coordinado por Jorge J. Montes Salguero.

MANOLITA DEL ARCO: Yo era una niña; iba a cumplir once años, estaba en Madrid estudiando en un colegio de la calle Santa Engracia, cerca de la calle Caracas, donde vivía con unos tíos de mi madre; mi tía era republicana y mi tío monárquico, tenían una carbonería. El colegio era un colegio privado y laico, y no se me olvida que el 14 de abril en mi colegio, que tenía una gran balconada, la directora la cubrió con una bandera republicana enorme, las calles estaban llenas, era una gran explosión de alegría, por todos lados se veían grupos gritando «¡Viva la República!», los niños cantamos «no se ha *marchao*, lo hemos *echao*», refiriéndonos al rey, y en los días siguientes en el patio del colegio, cantábamos:

¿Donde vas Alfonso trece
dónde vas, triste de ti?
¡Voy en busca del expreso
porque me echan de Madrid!

Como todos sabemos el rey se fue por Cartagena, pero toda la familia se fue en tren desde El Escorial, recuerdo perfectamente la portada del diario *ABC*, con grandes fotos despidiendo los leales al rey. Junto a esas fotos hay muchas de la gente en las calles de Madrid aclamando la República.

¿Qué cambió con la República?

R.: En el pueblo, el ambiente se enrareció y había continuas discusiones; en la escuela retiraron el crucifijo. Yo quería venir a Madrid, y muerta mi madre mi padre me dejó con dieciséis años venirme a casa de unos amigos a Madrid, en la calle Noviciado número 8, donde viví desde 1935; yo quería gozar de la libertad que traía la República; recuerdo también la visita al pueblo de las camionetas con libros y con películas que proyectaban en la plaza...

M. A.: Yo seguí estudiando el bachillerato en el Instituto de la calle San Mateo, y había un gran brote de libertad, el ambiente era muy bueno, de izquierdas; fue compañera mía la hija de Largo Caballero, Carmen Largo; las mujeres salían a la calle, se celebraban mítines; recuerdo a mi tía votando, llevaba en el bolsillo del abrigo papeletas de candidaturas republicanas, para repartir. Las derechas se organizaron contra la República. Un día saliendo de una academia, a la que yo iba por la noche para estudiar, idiomas, mecanografía, etc. (en aquella época era normal que una chica con quince años pudiera ir por la calle sin problemas), y se me acerca un muchacho y me dio un folleto, yo al leer que ponía *Falange* y *de las JONS*, lo arrugué y lo tiré al suelo; él me dio un guantazo tremendo, me hizo daño, no sólo físico, mucho más espiritual; cuando llegué a casa mi tía me dijo claramente que eran pistoleros, que tuviera cuidado. En Madrid se hacía mucha vida fuera de las casas, había mítines en la Gran Vía, en el Retiro, en todos los barrios...

¿Cómo entráis a formar parte del PCE?

R.: Como he dicho, mi padre me dejó que viniera a Madrid (en 1935 yo tenía dieciséis años), con el compromiso de que aprendiera el oficio de modista, e iba con la familia que estaba y los niños a pasear por Moncloa, y allí conocí a jóvenes como yo que me dijeron: «¿Por qué

no te haces de la Juventud Socialista Unificada?» ¿Qué es eso?, pregunté. «Pues es la Juventud Comunista y la Juventud Socialista que están unidas». Yo pensé que siendo mi padre republicano no le importaría, y me afilié al círculo, donde teníamos talleres para aprender un oficio; yo quería ser modista, estaba en la calle del Acuerdo, no puedo presumir de estar muy enterada de la política, era nuevo todo para mí. Cuando empezó la guerra, la familia con la que estaba no me dejaba salir a la calle, las explosiones eran muy fuertes, y decían que eran en el Cuartel de la Montaña, pero yo me escapaba e iba al círculo. Entonces me hablaron del grupo de Aida Lafuente, y el día que fui se pedía ayuda con mucha insistencia en el frente de la Sierra de Guadarrama y Somosierra; sin pensarlo dos veces me apunté para ir, sin darme cuenta de los riesgos; tenía diecisiete años; me fui en un camión con chicos jóvenes que teníamos entre diecisiete y diecinueve años. Nada más llegar nos dieron un fusil y ¡de qué iba a saber yo manejar un fusil!, nos entregaron unos mosquetones que pesaban al menos siete kilos, yo no sabía que hacer con él, ni como se cogía; me enseñaron mis compañeros, y estuvimos cuatro días disparando sin salir de la trinchera, no había hora para comer ni para dormir; hacía guardias como los demás, aunque había camaradas que no eran partidarios de que la mujer estuviera en el frente y fuera soldado; trataban de demostrar que la resistencia física de las mujeres era inferior; entonces, yo en las guardias aguantaba diez minutos más antes de llamar a mi compañero. Luego me propusieron integrarme en el grupo de dinamiteros que estaba entre Buitrago y Gascones, allí se fabricaban las bombas, y ése fue mi destino, fabricar bombas de mano con botes vacíos de leche condensada, tornillos, clavos, pedazos de cristal, metrallas viejas y dinamita revuelta. Estábamos a las órdenes de un capitán asturiano, se llamaba Emilio González González, era minero y sabía manejar la dinamita. Un día, en concreto el 17 de septiembre de 1937, estaba probando unas mechas que se dudaban si eran o no rápidas, mojadas o no; la mecha, si está mojada, arde por dentro y por fuera no se nota. Cuando está normal, la mecha con la uña del dedo pulgar se aprieta, y cuando te quemas sueltas dos dedos más de mecha; en fin, haciendo estas pruebas un cartucho de dinamita me estalló y perdí la mano. Un camarada, Toquero, con un cordón de las alpargatas, me hizo un torniquete hasta que llegué al hospital de La Cabrera; me cortaron los restos de la mano por la muñeca. A los tres días me trasladaron al hospital de la Cruz Roja de Madrid y me visitó mi padre, que dijo a los médicos cuando ellos trataban de tranquilizarle: «Miren ustedes, siento mucho, muchísimo que mi hija mayor haya perdido una mano, tengo cinco hijos más, si mis seis hijos pierden la mano derecha luchando por la misma causa, yo estaré orgulloso». Luego a él lo fusilaron en el Campo de los Almendros en Alicante, no sé dónde está enterrado... A mi tío Carlos lo fusilaron en las tapias del cementerio de Aranjuez, a mí me condenaron a muerte... salí a los tres años después de pasar por diversas prisiones.

M. A.: Yo me afilié al PCE con dieciséis años en septiembre de 1936; nunca estuve en la JSU, trabajé en el Sector Oeste, y en el Comité Central del PCE de mecanógrafa, me pagaban un pequeño sueldo que yo entregaba a mi tía; su situación con la carbonería cerrada en plena guerra era difícil; también colaboré con el Socorro Rojo; en guerra aprendí a desarmar y armar un fusil en siete minutos, nos adiestraban para la defensa de Madrid. Yo, siempre, hice labores de enlace, no aspiraba a ser dirigente, era una militante de base, mi labor no fue importante, creo que hubo camaradas que arriesgaron en la guerra mucho más su vida que yo misma; me detuvieron después del golpe de Casado, yo ignoraba lo que había ocurrido y, cuando fueron a detenerme al entrar en el Comité Central donde estaba trabajando como mecanógrafa, enseñé todos los carnets que eran mi salvoconducto, ¡qué ingenua! El carné del Partido, del Socorro Rojo, etc. Yo declaré en donde me llevaron, en la calle Almagro, 38, que era militante del PCE, que

tenía diecinueve años. Me soltaron después de llevarme a Ventas unos días; me fui a Bilbao, seguí colaborando como enlace en el Partido, hasta que en 1942 me detienen en La Coruña, me condenaron a muerte y ese día conocí a mi compañero Ángel Martínez. Durante dieciocho años de cárcel nos estuvimos escribiendo y nos casamos en 1961, era un ejemplo de militante leal, honrado y resistió los interrogatorios de forma heroica; él fue mi ejemplo, mi compañero, su militancia y su lucha le llevaron a ser detenido de nuevo cuando había nacido nuestro hijo; por su lucha sindical en los laboratorios donde trabajaba, por defender a sus compañeras, mujeres, por una reivindicación sobre el uso de los comedores, fueron seis años más de cárcel, no importa. Lo que me gustaría decir es que las *Mujeres*, con mayúsculas, la anónimas, fueron las que lucharon y se sacrificaron por el preso, por el encarcelado, el perseguido, el que anduvo en los montes con las guerrillas, el luchador, en las mil una batallas que había que librar en contra del fascismo, para conseguir la libertad. Gran parte de las que salimos de las cárceles como los hombres seguimos luchando en la clandestinidad, con el mismo ardor y a sabiendas que podíamos caer de nuevo, como ocurrió con mi compañero en enero de 1962, cuando fusilaron a Grimau. He venido para dejar el testimonio de mi vida, que es como la de tantas y tantas camaradas, Maruja Blázquez, Amalia Villa, Tomasa Cuevas, tantas que nunca han tenido voz y que murieron o las fusilaron en la cárcel, pero cuanto más nos perseguían mas nos consolidábamos en nuestra lucha por la libertad, calladas, pero sin cejar en nuestro empeño. Ahora con ochenta y cuatro años quiero transmitiros mi entusiasmo de seguir siendo comunista, pese a todos los errores que ha cometido el Partido, pero es el que más luchó contra el franquismo y por la clase obrera, por una sociedad más igualitaria; seguimos luchando contra la falta de libertad, que nos impone la derecha. Vosotros sois jóvenes, yo me moriré siendo una militante de base comunista y republicana, sois vosotros los que tenéis que seguir luchando, porque un mundo mejor sea posible; yo, hoy con mis fuerzas muy mermadas, lo intento cada día.